

RESEÑA DE LIBROS

MANUEL SACRISTÁN LUZÓN, M.A.R.X (*Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres*). Edición de Salvador López Arnal, con prólogo de Jorge Riechmann y epílogo de Enric Tello. Barcelona, El Viejo Topo/Fundación de Investigaciones Marxistas, 2003.

Después de años de trabajo y dedicación a la obra de Manuel Sacristán, Salvador López Arnal nos ha obsequiado con una antología de textos del filósofo que, bajo el irónico título de M.A.R.X, incorpora rasgos que hacen que estemos ante un libro singular. Singular e importante para el pensamiento crítico de nuestro país por lo que supone de peregrinación a una de sus fuentes más notables en la segunda mitad del siglo XX. Pero no sólo por eso: tras la lectura de los textos sacristanianos uno es capaz también de extraer sensatas orientaciones para hincar el diente a los problemas económicos, ecológicos y políticos que venimos arrastrando desde tiempo atrás, a pesar de que la muerte del filósofo español sucediera hace ahora casi dos décadas.

López Arnal lleva buceando con pasión y rigor en la obra de Sacristán el tiempo suficiente para que alguien como Francisco Fernández Buey —que conoció bien y trató asiduamente a Sacristán— pueda decir que se ha convertido "...con toda seguridad en la persona que mas sabe de la obra (en parte inédita) del filósofo". Este juicio, viniendo de quien viene, es, sin duda, un elogio grande. Como grande y agradable será la sorpresa no sólo para los que se asomen por primera vez a la obra de Sacristán a través de las páginas de esta antología, sino también para los que, conociendo y valorando desde hace décadas los trabajos de aquel, tengan dudas de hallar algo diferente a lo ya leído. No es fácil complacer a ambos tipos de lectores o lectoras, pero ese objetivo se logra gracias a la peculiar conjunción que se da en M.A.R.X entre la recuperación y selección de pasos e ideas importantes ya publicadas, y la aportación de abundante material inédito muy relevante para la comprensión de episodios claves en la vida y la obra del filósofo. Afortunadamente los fragmentos inéditos no se reservan en el libro sólo a algunos apartados, sino que se extienden a casi todos los temas de modo que cada capítulo de esta antología incorpora varios textos no publicados anteriormente.

Con sólo echar un vistazo al índice, donde se agrupan temáticamente los pasos seleccionados, se comprueba la vastedad de intereses intelectuales de Sacristán. Los dieciocho apartados que despliega la antología constituyen una buena muestra (entre otras posibles) de su pensamiento, tanto en lo referente al conocimiento de los clásicos de la tradición marxista, como al interés de sus reflexiones filosóficas, literarias, culturales, educativas, políticas, sociológicas o científicas. La posibilidad de leer notas y apuntes inéditos elaborados por Sacristán para su propio uso y relacionados con la temática que hubiera estado tratando en ese momento otorgan a este volumen un valor especial. Pues no se trata sólo de que podamos volver sobre textos importantes de la tradición crítica en

nuestro país, sino que, de paso, podamos asomarnos al "taller del filósofo" justo cuando maduran las ideas que, más tarde, darán solidez al discurso. Ya sea en relación con Marx, el papel de la ciencia y la técnica en la sociedad actual, la obra de figuras literarias notables, la argumentación a favor de la instrucción pública, o las relaciones del marxismo con el resto de movimientos sociales, el lector o lectora encontrará en estas páginas estímulo para pensar por cuenta propia.

De todas las cuestiones que se recogen en esta antología, y dado el ámbito en el que estamos, querría destacar en esta reseña tres que pueden interesar a un economista crítico, insatisfecho con el enfoque convencional y que, de paso, quiera ampliar el radio de acción de sus preocupaciones. Sabiendo, por otra parte, que el talante crítico —tampoco en Economía— no da patente de conocimiento por sí solo, o como recordaba Sacristán: "que para entender las cosas hay que estudiarlas, y que el creerse de izquierdas no da automáticamente comprensión al que no se molesta en estudiarlas" (p. 137).

Se trata de asuntos que enlazan con temáticas fronterizas de la ciencia económica, y en los que se demuestra que Sacristán fue un marxista peculiar y pionero. En primer lugar, su gran conocimiento del clásico en general y de la tradición marxista, lo que incluye, por supuesto, los aspectos económicos. En segundo lugar, sus reflexiones sobre filosofía, metodología, sociología y política de la ciencia, muchas veces a contracorriente de la propia tradición, y, por último, el esfuerzo pionero que Sacristán desarrolló para que el marxismo, como enfoque y movimiento emancipatorio, tendiera, en serio, puentes con el resto de los movimientos sociales. En estos tres ámbitos, apuntó argumentos que, lejos de caducar, siguen manteniendo mucha frescura más allá del momento, a veces polémico, a veces reflexivo, en que fueron utilizados.

En cuanto a la importancia del primero de los asuntos, de su lectura atenta del clásico y de su conocimiento exhaustivo de la tradición marxista en un país que contaba con pocos asideros, hay unas palabras del citado Fernández Buey en su *Marx (sin ismos)* que, jugando con la advertencia de Italo Calvino, resumen muy bien la cuestión: "...para releer de verdad a un clásico hay que partir de una cierta tradición en la lectura. Y en el caso de Marx, aquí, entre nosotros, no hay apenas tradición. Sólo hubo un bosquejo, el que produjo Manuel Sacristán hace ahora veintitantos años. Y ese bosquejo de tradición quedó truncado". Las muestras de esa tradición son numerosas, ya sean traducciones o prólogos de obras clásicas, y muchas de ellas aparecen recogidas en *M.A.R.X.* .Ahora bien, en esa labor de difusión e interpretación, Sacristán siempre se caracterizó por el equilibrio y la falta de dogmatismo o beatería en los juicios, por saber lo que seguía mereciendo la pena rescatar y conservar, y lo que aparecía como menos fértil, tanto en un plano general, como en los aspectos más económicos. Hay varios fragmentos de esta antología en los que se muestra ese talante "laico", pero existe uno de comienzos de los ochenta que plasma acertadamente su espíritu general: "Parto de la base de que Marx es un pensador muerto el año 83, es decir, dentro de nada hará un siglo. Por lo tanto, si lo que él ha hecho es algo con importancia científica entonces tiene que estar más o menos tan revisado como lo que hayan hecho

todos los científicos importantes muertos en 1883 —por ejemplo, Maxwell— o que han trabajado en 1883, y si lo que él ha hecho no se puede tocar, refutar, rehacer, entonces es que no tenía ningún valor. O tenía un valor artístico. (...) Me parece que en Marx hay más, me parece que en Marx hay el origen de una tradición y, en mi opinión, el marxismo vivo es una tradición, no una teoría, no una ciencia como se suele decir. Pero es obvio que nadie tiene por qué estar de acuerdo con esto que he dicho aunque se considere marxista por su cuenta. Y como tradición, me parece una tradición muy potente, dotada de un tronco de pensamiento transformador de los más claros de la historia del pensamiento y capaz, naturalmente, de muchas líneas, como toda tradición. (...) Lo único realmente estéril es hacer de la obra de Marx algo que tenga por fuerza que encasillarse en la sistemática intelectual académica: forzar su discurso en el de la pura teoría, como hizo la interpretación socialdemócrata y hacen hoy los althusserianos, o forzarlo en la pura filosofía, en la mera postulación de ideales..." (pp. 234 y 182).

En esta misma línea de atención a lo escrito por Marx, esta antología contiene varias perlas inéditas entresacadas de las notas de lectura y traducción de Sacristán y que han sido oportuna y laboriosamente repescadas por López Arnal. Se trata de apuntes en los que el filósofo dialoga y, a veces, polemiza con Marx; se mete en la piel del clásico para entender mejor su forma de razonar, y lo hace con un nivel de detalle y conocimiento que impresiona. Por ejemplo cuando, después de traducir un paso de *El Capital*, discute la caracterización marxiana de la plusvalía y sus consecuencias: "La argumentación [en *El Capital I*] sobre que 'p', la plusvalía, aunque parece una constante —puesto que se expresa por un número—, es una variable, 'una magnitud fluente', es muy característica de lo más esencial de la visión de Marx. Esa visión introduce en la comprensión y explicación de 'lo económico' cosas que no son 'economía pura', de lo que, por lo demás, Marx tenía buena consciencia (...) La tarea de Marx era irresoluble: consistía en resolver en 'economía pura' problemas no económicos puros. Es clara la naturaleza dialéctica-hegeliana de ese fracaso. Pero hay que decir que esa es una decepción parcial, como lo muestra la persistencia del rótulo 'Crítica de la economía política' había en mar inicialmente una consciencia de que lo suyo no era la 'economía pura'." (pp. 183-184).

Sacristán tuvo siempre clara una distinción analítica que, de haberla seguido el grueso de la tradición marxista, nos hubiéramos ahorrado bastantes quebraderos de cabeza, a saber: que es necesario diferenciar entre el estudio filológico del clásico, y el cultivo de la tradición inaugurada por ese clásico, o lo que es lo mismo: "Una cosa es estudiar y explicar el pensamiento de Marx; otra hacer marxismo hoy." (p. 224). Como ejemplos de trabajo en ambas bandas se pueden ver numerosos fragmentos de la antología, ya sean las páginas que recogen sus opiniones sobre varios clásicos de la tradición como Lenin, Korsch, Gramsci, Lukács, Rosa Luxemburg, Ernesto Guevara o Togliatti, o bien sus juicios sobre otros dos, como Althusser o Colletti, que no acabaron de diferenciar bien entre las dos posibilidades anteriores (Capítulos VII y VIII). Pero Sacristán no solo hizo estudio filológico del clásico, sino que de manera brillante cultivó también

la tradición de ese clásico en un sentido muy amplio. Y esto se traslada a los otros dos asuntos que planteo al principio.

Desde este ángulo, cabe recordar que Sacristán explicó durante muchos años filosofía y metodología de las ciencias sociales en la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona hasta su fallecimiento en 1985, y que también se caracterizó por ser el principal introductor de la lógica formal en nuestro país a través de su célebre texto de 1964. Precisamente una de las singularidades del filósofo fue su combinación de rigor lógico en la argumentación, de atención a los contextos históricos, y de la comprensión de los aspectos fundamentales de la literatura científica, lo que le permitió reflexionar y juzgar adecuadamente las conocidas aportaciones de Kuhn, Feyerabend, Popper o Lakatos, en unos años en los que el complejo de inferioridad de las ciencias sociales llevó a episodios académicos curiosos. Frente al peso —más secundario que real— que los textos de estos filósofos de la ciencia tuvieron sobre los practicantes de disciplinas como la Economía (sobre todo en las memorias de oposiciones), Sacristán quitaba dramatismo al asunto aceptando la debilidad de muchas teorías en ciencias sociales, debilidad que no debía ser disculpa para la inacción: "El científico social debería lanzarse alegremente a su trabajo, sin grandes preocupaciones filosófico-metodológicas, porque si no hay muy buena filosofía de las ciencias sociales, es probablemente, porque no hay buenas ciencias sociales. Hace más de setecientos años que Hugo de San Victor abría su Dialéctica recordando a los lectores que antes de que hubiera gramática la gente hablaba, y razonaba antes de que existieran tratados de lógica. Es presumible que tenga que haber sólida ciencia social antes de que haya un buen análisis filosófico de ella" (p. 159). Y la buena ciencia social no tenía por qué venir siempre de nuestra propia tradición. La disposición sacristaniana a valorar el conocimiento científico y la buena argumentación, ya sea teórica o metodológica con independencia de que se comparta o no, es otra manifestación de su apertura de miras y de falta de dogmatismo. Sólo así se entiende una manifestación suya al hilo de su trabajo como traductor: "...si el más reaccionario de los economistas publica un gran libro y me ofrecen traducirlo, yo no tendría inconveniente. Por ejemplo, el *Ensayo de metodología* de un ser como Friedman, para mí odioso, si no estuviese traducido lo traduciría porque es buenísimo ... No porque sea ecléctico en materia de ideas, sino porque el conocimiento de un buen trabajo, aunque se en un campo opuesto a aquel en que yo piense, es una cosa valiosa" (p. 423).

Su formación lógico-matemática y su veta antiespeculativa le hacía ser prudente a la hora de utilizar conceptos de manera superficial, pero también le mantenía escéptico ante las exageradas pretensiones de formalización en ciencias sociales. Entre otras cosas porque muchas veces se confunde la consistencia con la sustancia explicativa, y la formalización con el rigor o la racionalidad. Cuando uno ve por todos lados la prepotencia de la "racionalidad neoclásica" dentro de la teoría económica, convendría atender a la sugerencia de Sacristán: "La racionalidad de un discurso es cosa mucho más compleja, rica e importante que su logicidad formal. Para que un discurso sea correcto lógico-formalmente, basta

con que no tenga inconsistencias. Para que sea racional, se le exige además la aspiración crítica a la verdad. Y esta aspiración impone a su vez la capacidad autocrítica y el sometimiento a unos criterios que rebasan la mera consistencia (por otra parte necesaria): son criterios que sirven para comparar fragmentos de discursos con la realidad. Incluyen desde la observación hasta el examen de las consecuencias prácticas de una conducta recogida por aquel discurso" (p. 157). El juicio, por lo demás, era también de aplicación a los escritos de economistas críticos como Marx, como se desprende de una interesante nota de lectura recogida en la página 179: "Quizá no sea verdad que la abstracción de la economía neoclásica y posterior sea más fuerte o pura que la de Marx. O quizá sí su abstracción, pero no su artificialidad, su carácter de constructo. Los dos trabajan con modelos. Lo que pasa es que el de Marx es 'sociológico'. No está menos distante de la empiria pero se refiere a un área empírica más ancha".

Otro mérito de las páginas de *M.A.R.X* es que recogen las principales reflexiones de Sacristán sobre un tema que ha hecho correr ríos de tinta en la literatura crítica. A pesar de cultivar con pasión la filosofía analítica, y de profesar recelos fundados frente a la especulación filosófica tradicional, hay un elemento de su pensamiento en el que se aparta de aquella tradición, y lo hace en un tema muy polémico: el papel de la dialéctica. Para ser exactos, en este punto su planteamiento se distancia de los dos extremos en disputa, tanto de la filosofía analítica como de algunas interpretaciones marxistas demasiado rígidas o "hegelizantes". Sacristán se negaba a prescindir de la dialéctica como una aspiración "sin sentido" a la que no merecía la pena dedicar un esfuerzo que debía volcarse en la actividad científica analítica; pero tampoco era receptivo a considerarla como un "método" o una lógica especial que, al igual que una ganzúa, era capaz de abrir las puertas a la explicación de la realidad de una manera más potente y verdadera que la propia ciencia. Dicho brevemente, el filósofo español no era partidario de abandonar el concepto sino de "repensarlo". Y a esa tarea dedicó muchos de sus esfuerzos durante los últimos años de su vida, sugiriendo varios argumentos. "Mi tesis positiva —apunta Sacristán— es que 'dialéctica' significa algo, contra lo que tantas veces han afirmado los analíticos, por ejemplo, Popper o Bunge. 'Dialéctico' es un cierto trabajo intelectual que, por una parte, está presente en la ciencia, pero, por otra, la rebasa con mucho, en el doble sentido que actúa también en el conocimiento ordinario pre-científico y en otro tipo de conocimiento posterior al científico metodológicamente (...) A mí me parece que ahí está la clave de lo que (lo haya pensado Marx o no) es el programa dialéctico: buscar un tipo de conocimiento que, utilizando el producto científico 'normal', lo integre como 'artísticamente' en una totalidad concreta que evoque el concreto real (histórico) que se está estudiando" (p. 253). Es decir, apoyarse al máximo en los resultados científicos particulares, pero hacerlo con vocación integradora, sugiriendo que algunos aspectos de ese enfoque totalizador pueden encontrar cobijo en la moderna teoría de sistemas.

Para finalizar, merece la pena destacar un último aspecto en el que Sacristán también se mostró como un pionero notable por estas tierras, y que tiene con-

secuencias a la hora de poner en pie un pensamiento económico crítico con el enfoque dominante. Por esa vocación suya de revisar el ideario y las bases científicas del análisis marxista cuando los hechos así lo demandaran, Sacristán fue uno de los primeros en ver la necesidad de que el marxismo reformulara algunas de sus tesis más productivistas a la luz de los problemas ecológicos y la carrera armamentística, lo que en el plano político se traducía en tender puentes con el movimiento ecologista y pacifista, aparte de incorporar al mismo nivel la histórica reivindicación de igualdad por parte de las mujeres. Ahí está presente la célebre carta de la redacción en el número 1 de la revista *mientras tanto* (p. 362). La sensibilidad de Sacristán por recoger la novedad radical de estos problemas a finales de los años setenta le convertía en una "rara avis" del panorama peninsular, lo que tal vez sorprenda hoy, a la vista de la "aceptación" general entre la izquierda de muchas de sus tesis. Hay varios pasos en esta antología que ponen de relieve ese esfuerzo sacristaniano, y resultan muy sugerentes a la luz de cómo han ido evolucionando posteriormente dos polos importantes de ese pensamiento económico crítico, a saber: la economía ecológica y la economía feminista. Entre esos pasos hay una pieza mucho menos conocida, la conferencia sobre "Tradición marxista y nuevos problemas" de 1983. Allí reconocía Sacristán los límites a la expansión de las "fuerzas productivas", y la importancia del factor "subjetivo" en la transformación social: "Mientras la gente siga pensando que tener un automóvil es fundamental, esa gente es incapaz de construir una sociedad comunista, una sociedad no opresora, una sociedad pacífica y una sociedad no destructora de la naturaleza. ¿Por qué? Porque se trata de bienes *esencialmente* no comunistas, como diría Harich... El automóvil sólo puede funcionar en la Tierra, digámoslo así, si sólo tienen automóvil una parte de los grandes pueblos privilegiados, pero si llenan ustedes África, Asia, América y Oceanía de automóviles es obvio que la Tierra no lo soporta... Luego los cambios necesarios requieren pues una conversión, un cambio del individuo. Un sujeto que no sea opresor de la mujer, ni violento culturalmente, ni destructor de la naturaleza, no nos engañemos, es un individuo que tiene que haber sufrido un cambio importante. Si parece, para llamarles la atención y para que sea un poco provocador, tiene que ser un individuo que haya experimentado lo que en las tradiciones religiosas se llamaba una conversión. Es un terreno en el que no hay más remedio que expresarse en estos términos que les pueden parecer un poco utópicos pero hay que tener la decisión de no ponerse colorado por ello. Y debo hacer observar para no alimentar la sospecha de que me he ido muy lejos de la tradición marxista que eso está, negro sobre blanco, en la obra de Marx, en los *Grundrisse*, la idea fundamental de que el punto, el fulcro de la revolución es la transformación del individuo" (pp. 360, 361, 366, 367).

Afortunadamente, las sugerencias de Sacristán no han caído en saco roto durante estos años. Aparte de la labor desarrollada por sus discípulos más directos y conocida por muchos, *M.A.R.X* recoge en sendos prólogo y epílogo, dos lecturas actuales de Jorge Riechmann y Enric Tello que expresan lo que puede dar de sí todavía el legado del filósofo español. El primero porque constituye un bello

homenaje poético de alguien que, no habiéndolo tratado personalmente, reconoce en Sacristán a un referente personal de su propia obra. Y el segundo, el epílogo que cierra la antología, porque es una cuidada y sugerente invitación a volver, con paciencia, sobre sus escritos para saborearlos. En definitiva, una antología, y los textos que la acompañan, que proporcionan buenos argumentos y herramientas para dirimir uno de los asuntos importantes que preocuparon al viejo Sacristán hasta el día de su muerte: "si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor, o consiste en vivir otra cosa".

Óscar Carpintero
Universidad de Valladolid

ARRIOLA JOAQUÍN Y VASAPOLLO LUCIANO, LA RECOMPOSICION DE EUROPA: La ampliación de la Unión Europea en el contexto de la competencia global y las finanzas internacionales. El Viejo Topo, España, 2004, 160.

Para quienes seguimos pensando que Marx es el fundador de la lógica del capital, el ensayo de los profesores J.Arriola y L.Vasapollo "La recomposición de Europa" es un autentico regalo. Rememorando a Galileo podríamos repetir: "eppure el viejo topo si move".

Según los autores, en efecto, dos hechos tan decisivos como la onerosísima integración de los países excomunistas en la UE y la institución del "euro" –del que se excluye a los PECO con el pretexto de los denostados criterios de convergencia nominal- solo se explican por la voluntad política de recomponer la tasa de ganancia y de extraer el excedente mundial a su servicio, dentro del proceso llamado de globalización: "proceso internacional de redistribución del poder entre clases sociales y entre territorios" (p.12), una nueva división internacional del trabajo, a la búsqueda siempre de superganancia que permita superar la crisis de acumulación. ¿Cómo?: "flexibilizando" (Harvey, 1993) los procesos productivos, los mercados laborales, los productos mismos y los modelos de consumo. Se ha pasado así de la "vieja diplomacia de las cañoneras" a la nueva de las 100 mayores multinacionales; pero las relaciones económicas siguen siendo fundamentalmente inter-nacionales, no mundiales: "una internacionalización pautada" (Moran, 1998); de hecho la inversión extranjera directa se aglutina, incluso en mayor medida que el comercio internacional, básicamente en los países avanzados. Es cierto que la tecnología actual permite al capital financiero flanquear peligrosamente a la economía productiva con una "economía casino" que esta llevando al extremo la ficción de que "money biggs money"; condiciones típicas del imperialismo que autoriza a los autores a citar las viejas tesis de Hilferding: supe-